

Aunque el inca Garcilasso, como él gustaba de llamarse, se preciase por aquel entonces más de *arcabuces y de criar y hazer caballos que de escribir libros*, es grande ya en la versión de aquel libro filosófico que él devolvió á España, primera patria de su autor, la belleza y gallardía de la prosa, que tanto contrasta con el desaliño del texto italiano, traducción poco esmerada del castellano ó del hebreo.

Pero la celebridad de Garcilasso, como uno de los más amenos y floridos narradores que en nuestra lengua pueden encontrarse, se funda en sus obras historiales, que mejor calificadas estarían de novelas históricas ó historias anoveladas, «*La Florida del Inca ó Historia del Adelantado Hernando de Soto*»; los «*Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú; de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra; de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fué aquel imperio, y su República, antes que los españoles pasaran á él*»; la «*Historia General del Perú, que trata el descubrimiento de él, y cómo lo ganaron los españoles; las guerras civiles que hubo entre Pizarros y Almagros sobre la partija de la tierra; castigo y levantamiento de los tyranos y otros sucessos particulares*».

La autoridad histórica del inca Garcilasso anda ahora por los suelos, y casi ningún escritor serio se atreve á hacer caudal de ella. Aun en las cosas de la conquista y de las guerras civiles, es cronista poco abonado, porque escribió, no á raíz de los sucesos, sino entrado ya el siglo XVII, y dejándose guiar de vagos recuerdos, de relaciones interesadas, de anécdotas soldadescas y de un desenfrenado amor á todo lo extraordinario y maravilloso. Pero donde suelta las riendas á su exuberante

fantasía es en los *Comentarios Reales*, libro el más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito, y quizá el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas. Prescott ha dicho con razón que los escritos de Garcilasso son una emanación del espíritu indio «*an emanation from the indian mind*». Pero esto ha de entenderse con su cuenta y razón, ó más bien ha de completarse, advirtiendo que aunque la sangre de su madre, que era prima de Atahualpa (si hemos de creerle), hirviese tan alborotadamente en sus venas, él, al fin, no era indio de raza pura, y era, además, neófito cristiano y hombre de cultura clásica, por lo cual las tradiciones indígenas y los cuentos de su madre tenían que experimentar una rara transformación al pasar por su mente semibárbara, semi-educada. Así se formó en el espíritu de Garcilasso lo que pudiéramos llamar la novela peruana ó la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado á inventar, pero que sólo de sus manos recibió forma definitiva, logrando engañar á la posteridad, porque había empezado por engañarse á sí mismo, poniendo en el libro toda su alma crédula y supersticiosa. Los *Comentarios Reales* no son texto histórico; son una novela utópica como la de Tomás Moro, como la *Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal y regido con riendas de seda, de un siglo de oro gobernado por una especie de teocracia filosófica. Garcilasso hizo aceptar estos sueños por el mismo tono de candor con que los narraba y la sinceridad con que acaso los creía, y á él somos deudores de aquella ilusión filantrópica que en el siglo XVIII dictaba á Voltaire la *Alzira* y á Marmontel

su fastidiosísima novela de *Los Incas*, y que en el canto de Olmedo evocaba tan inoportunamente, en medio del campo de Junín, la sombra de Huayna Capac, para felicitar á los descendientes de los que ahorcaron á Atahualpa. Para lograr tan persistente efecto se necesita una fuerza de imaginación muy superior á la vulgar, y es cierto que el inca Garcilasso la tenía tan poderosa cuanto deficiente era su discernimiento crítico. Como prosista es el mayor nombre de la literatura americana colonial: él y Alarcón los dos verdaderos clásicos nuestros nacidos en América.

Y con esto ya es hora de volver los ojos á la numerosa falange de poetas que en los últimos años del siglo xvi y en los primeros del xvii, es decir, en la época más venturosa para las letras españolas, alegraban y ennoblecían con su canto las márgenes del Rimac. Si de sus obras resta muy poco, queda á lo menos honorífica mención de muchos de ellos en las páginas inmortales de Lope de Vega y de Cervantes, que citan poetas peruanos en mayor número que poetas de Méjico. Consultemos, primeramente, el *Canto de Caliope*, impreso en 1584 con la *Galatea*. Llega Cervantes á hablar de los *ingenios soberanos* de la región antártica, y nos presenta ante todo al mejicano Terrazas, y á un poeta arequipeño, Diego Martínez de Rivera:

Uno de Nueva España y nuevo Apolo;  
Del Perú el otro, un sol único y solo,  
.....  
Pues su divino ingenio ha producido  
En Arequipa eterna primavera:  
Este es *Diego Martínez de Rivera*.

De Arequipa era también el general Alonso Picado,

de quien conocemos un soneto en loor del poema *El Marañón*. Cervantes le elogia en estos términos:

Aquí, debajo de felice estrella,  
Un resplandor salió tan señalado,  
Que de su lumbre la menor centella  
Nombre de Oriente al Occidente ha dado:  
Cuando esta luz nació, nació con ella  
Todo el valor: nació *Alonso Picado*;  
Nació mi hermano (1) y el de Palas junto,  
Que ambos vimos en él vivo trasunto.

De otros ocho poetas, al parecer residentes todos en el Perú, hace mención Cervantes, aun sin incluir á Enrique Garcés, de quien haremos mérito tratando de Bolivia. Uno de estos poetas es D. Diego de Aguilar, el autor de *El Marañón*:

En todo cuanto pedirá el deseo,  
Un *Diego* ilustre de *Aguilar* admira,  
Un águila real que en vuelo veo  
Alzarse á do llegar ninguno aspira;  
Su pluma entre cien mil gana trofeo;  
Que ante ella la más alta se retira:  
Su estilo y su valor tan celebrado  
Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.

De los citados en las siguientes octavas no tenemos noticia alguna:

Pues si he de dar la gloria á ti debida,  
Gran *Alonso de Estrada*, hoy eres dino  
Que no se cante así tan de corrida  
Tu ser y entendimiento peregrino;  
Contigo está la tierra enriquecida,  
Que al Betis mil tesoros da contino,

(1) De la Musa Caliope que habla en este canto.

Y aun no da el cambio igual; que no hay tal paga  
Que á tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,  
Claro *don Juan*, te nos ha dado el cielo,  
De *Avalos* gloria y de *Ribera* lustre,  
Honra del propio y del ajeno suelo.....

.....  
El que en la dulce patria está contento,  
Las puras aguas de Limar gozando,  
La famosa ribera, el fresco viento  
Con sus divinos versos alegrando,  
Venga, y veréis por suma deste cuento,  
Su heroico brio y discreción mirando,  
Que es *Sancho de Ribera*, en toda parte  
Febo primero y sin segundo Marte.

.....  
Un *Gonzalo Fernández* se me ofrece,  
Gran capitán del escuadrón de Apolo,  
Que hoy de *Sotomayor* ensoberbece  
El nombre con su nombre heroico y solo;  
En verso admira y en saber florece  
En cuanto mira el uno y otro polo,  
Y si en la pluma en tanto grado agrada,  
No menos es famoso por la espada.

Un *Rodrigo Fernández de Pineda*,  
Cuya vena inmortal, cuya excelente  
Y rara habilidad, gran parte hereda  
Del licor sacro de la equina fuente;  
Pues cuanto quiere dél no se le veda,  
Pues de tal gloria goza en Occidente,  
Tenga también aquí tan larga parte  
Cual la merecen hoy su ingenio y arte.

Pues de una fértil y preciosa planta  
De allá traspuesta en el mayor collado  
Que en toda la Tesalia se levanta,  
Planta que ya dichoso fruto ha dado,  
¿Callaré yo lo que la fama canta  
Del ilustre *don Pedro de Alvarado*,  
Ilustre, pero ya no menos claro  
Por su divino ingenio al mundo raro?

De Pedro de Montesdoca, llamado por antonomasia  
*el Indiano*, tenemos algún dato más. Era sevillano, y al

parecer, muy amigo de Cervantes, que volvió á acor-  
darse de él en el *Viaje del Parnaso*. Primero había  
dicho :

Este mesmo famoso insigne valle (1)  
Un tiempo al Betis usurpar solia  
Un nuevo Homero, á quien podemos dalle  
La corona de ingenio y gallardía;  
Las Gracias le cortaron á su talle,  
Y el cielo en todas lo mejor le envía :  
Éste, ya en vuestro Tajo conocido,  
*Pedro de Montesdoca* es su apellido.

Y treinta años después le recordaba de esta cariñosa ma-  
nera en el cap. iv del *Viaje del Parnaso* :

Desde el indio apartado, del remoto  
Mundo llegó mi amigo Montesdoca,  
Y el que anudó de Arauco el hilo roto (1).

Pero todavía es más expresivo el elogio que Vicente  
Espinel, no tan pródigo de ellos, le tributa en el canto 2.º  
de su poema alegórico *La Casa de la Memoria*, impreso  
con sus *Rimas* en 1591 :

Tú, que las ondas y el caudal corriente  
Del patrio Betis sin razón negaste,  
Y en alto estilo de un ingenio ardiente  
Á Lima en Occidente celebraste,  
Vuelve el tributo á quien tan justamente  
Debes el claro nombre que ganaste,  
*Pedro de Montes de Oca*, que no es Lima  
Dino de tan aguda y pura lima.  
Nunca ha podido la interior carcoma  
Del ignorante vulgo derribarte;  
Que la razón al fin lo vence y doma,

(1) El de Lima.  
(2) Pedro de Oña.

Y vive la verdad en toda parte :  
 Las armas en defensa tuya toma  
 El propio Apolo para eternizarte;  
 Viva *Clarinda* y viva tu memoria,  
 Que es tu nombre y será dina de gloria.

Esta *Clarinda*, que era sin duda una muy principal dama limeña, no fué sólo señora de los pensamientos del indiano Montedoca, sino de otro poeta de los elogiados en el canto de Calíope, el capitán Juan de Salcedo Villandrando, de quien dijo Cervantes :

Del capitán *Salcedo* está bien claro  
 Que llega su divino entendimiento  
 Al punto más subido, agudo y raro  
 Que puede imaginar el pensamiento.....

De este Salcedo, pues, dijo la anónima poetisa peruana, autora del *Discurso en loor de la Poesía* :

Á ti, Juan de Salcedo Villandrando,  
 El mismo Apolo Delfico se rinda,  
 Á tu nombre su lira dedicando,  
 Pues nunca sale por la cumbre Pinda  
 Con tanto resplandor, cuanto demuestras  
 Cantando en alabanza de *Clarinda*.

Del capitán Salcedo hay versos laudatorios al frente de la *Miscelánea Austral* de D. Diego de Ávalos y Figueroa (1602), y los hay también de un D. Diego de Carvajal, que puede ser muy bien el D. Diego de Sarmiento y Carvajal elogiado por Cervantes :

Feliz don Diego de Sarmiento ilustre  
 Y Carvajal famoso, producido  
 De nuestro coro, y de Hipocrene lustre,  
 Mozo en la edad, anciano en el sentido.  
 De siglo en siglo irá, de lustre en lustre  
 (Á pesar de las aguas del olvido)  
 Tu nombre, con tus obras excelentes,  
 De lengua en lenguas y de gente en gentes.

De los ingenios americanos para quienes hay palmas en la silva 2.<sup>a</sup> del *Laurel de Apolo*, dos por lo menos pertenecen á Lima: *Cristóbal de la O*, sobre cuyo nombre hace Lope de Vega un insulso juego de palabras, y un hermano de León Pinelo, Juan Rodríguez de León, presbítero, de quien Nicolás Antonio cita varias obras en prosa y verso: *La Perla, vida de Santa Margarita, virgen y martir* (Madrid, 1629); *El Predicador de las gentes San Pablo, ciencia, preceptos, avisos y obligaciones de los predicadores evangélicos, con doctrina del Apóstol* (1638); *Panegirico castellano-latino al rey don Felipe IV* (México, 1639); *Parecer sobre la ingenuidad del arte de la pintura* (impreso con los diálogos de Vicente Carducho, 1633); *Cuaresma meditada*, en epigramas; *El Martyrologio de los que han padecido en las Indias por la Fe*; *Relación del viaje de los galeones de la Real Armada de las Indias el año de 1607, con descripción de los puntos en que entraron*.

Peruana era también la desconocida poetisa *Amarilis*, que antes de 1621 escribió á Lope de Vega, de quien era ferviente admiradora, una elegante epístola en silva, que con la respuesta de Lope de Vega en tercetos (*Belardo á Amarilis*), fué inserta á continuación de su *Filomena*. Persona muy docta y muy enterada de las cosas de Lope de Vega ha insinuado alguna duda sobre la existencia de tal poetisa indiana, juzgando mera ficción poética su carta, y equivalente el nombre de *Amarilis* al de D.<sup>a</sup> Marta de Nevares Santoyo, postrera amiga de Lope. Pero aun prescindiendo de que el Fénix de los Ingenios aplicó el nombre poético de *Amarilis* á diversas personas, como por sus cartas y versos parece, hay tal tono de verdad en la epístola, y son tales las señas

que la encubierta poetisa da de su patria, y aun de su familia, que no sólo no puedo dudar de que tal carta fué dirigida real y efectivamente desde América á Lope, sino que me atrevo á señalar, de acuerdo con La Barrera, el nombre probable de la encubierta Musa (1) que hace de este modo su autobiografía:

Quiero, pues, comenzar á darte cuenta  
De mis padres y patria y de mi estado,  
Porque sepas quien te ama y quien te escribe:  
Bien que ya la memoria me atormenta,  
Renovando el dolor, que aunque llorado,  
Está presente y en el alma vive.....

En este imperio oculto que el sol baña,  
Más de Baco piadoso que de Alcides,  
Entre un trópico frío y otro ardiente,  
Á donde fuerzas inclitas de España,  
Con varios casos y continuas lides  
Fama inmortal ganaron á su gente:  
Donde Neptuno engasta su tridente  
En nácar y oro fino:  
Cuando Pizarro con su flota vino,  
Fundó ciudades y dejó memorias,  
Que eternas quedarán en las historias:  
Á quien un valle ameno,  
De tantos bienes y delicias lleno,  
Que siempre es primavera,  
Merced del sueño de la cuarta esfera,  
*La ciudad de León* fué edificada,  
Y con hado dichoso  
Quedó de héroes fortísimos poblada.

Es frontera de bárbaros, y ha sido  
Terror de los tiranos, que intentaron  
Contra su rey enarbolar bandera:  
Al que en Jauja por ellos fué rendido  
Su atrevido estandarte le arrastraron,  
Y volvieron el reino á cuyo era.  
Bien pudiera, Belardo, si quisiera,  
En gracia de los cielos,

(1) *Nueva biografía*, pág. 19.

Decir hazañas de *mis dos abuelos*,  
Que aqueste nuevo mundo conquistaron  
Y esta ciudad también edificaron,  
Do vasallos tuvieron

Y por su rey su vida y sangre dieron:  
Mas es discurso largo,  
Que la fama ha tomado ya á su cargo,  
Si acaso la desgracia desta tierra,  
Que corre en este tiempo,  
Tantos ilustres méritos no entierra.

De padres nobles dos hermanas fuimos,  
Que nos dejaron con temprana muerte,  
Aun no desnudas de pueriles paños.  
El cielo y una tía que tuvimos  
Suplió la soledad de nuestra suerte:

.....  
De la beldad que el cielo acá reparte  
Nos cupo, según dicen, mucha parte,  
Con otras muchas prendas:  
No son poco bastantes las haciendas  
Al continuo sustento;  
Y estamos juntas, con tan gran contento,  
Que una alma á entrambas rige y nos gobierna,  
Sin que haya tuyo y mío,  
Sino paz amorosa, dulce y tierna.

Ha sido mi *Belisa* celebrada,  
Que éste es su nombre, y *Amarilis* mío,  
Entrambas de afición favorecidas:  
Yo he sido á dulces musas inclinada;  
Mi hermana, aunque menor, tiene más brío,  
Y partes, por quien es, muy conocidas:  
Al fin todas han sido merecidas  
Con alegre himeneo  
De un joven venturoso, que en trofeo  
Á su fortuna y vencedora palma,  
Alegre la rindió prendas del alma.  
Yo siguiendo otro trato,  
Contenta vivo en limpio celibato,  
Con virginal estado,  
Á Dios con gran afecto consagrado,  
Y espero en su bondad y su grandeza  
Me tendrá de su mano  
Guardando imaculada mi pureza.

Las señas no pueden ser más explícitas. Si la incógnita dama había nacido en la ciudad de León de Huanuco (situada en el actual departamento de Junín, á cuarenta y tantas leguas al Norte de Lima) y descendía de los conquistadores de aquella tierra y fundadores de aquella ciudad, su apellido debía de ser el muy ilustre de Alvarado, puesto que el fundador de la ciudad de León de Huanuco, llamada también León de los Caballeros, fué el capitán Gómez de Alvarado, hermano del Adelantado D. Pedro, de inmortal memoria en los fastos de América. Y aunque es cierto que la primitiva fundación de Alvarado en 1539 quedó luego casi desierta, hasta que la reedificó Pedro Barroso y acabó de asentarla Pedro de Puellas, los términos en que la poetisa se explica cuadran más bien al fundador primero y á su hermano, de quienes podía decirse con más razón que de Barroso,

Que aqueste nuevo mundo conquistaron.

Y si atendemos á que el nombre poético de *Amarilis* es, por lo común, rebozo del de *María*, tendremos completos el nombre y apellido de la discreta doncella de Huanuco: D.<sup>a</sup> María de Alvarado.

No se tenga por inútil esta disquisición, porque quien tales versos hacía en América á principios del siglo xvii, y no en ninguno de los grandes emporios de cultura, como Méjico ó Lima, sino en uno de los más apartados rincones de los Andes, ofrecería un curioso fenómeno de historia literaria, aunque no tuviésemos en consideración su sexo. Apenas hay en su Epístola el menor vestigio de mal gusto ni de amaneramiento; todo es natural, llano y decoroso, con cierta sencilla gravedad y no afectado señorío. La poetisa hace su corte literaria á Lope

de Vega, pero con tanta discreción, con tan insinuante y cortés gentileza, con tacto tan femenino y delicado, que el gran poeta debió de quedar lisonjeado con la alabanza y no ofendido con las nubes del inoportuno incienso. Viene á declararse platónicamente enamorada de él, amor inofensivo á tan larga distancia, pero único que ella estima digno de su noble naturaleza:

El sustentarse amor sin esperanza,  
Es fineza tan rara, que quisiera  
Saber si en algún pecho se ha hallado;  
.....  
Mas nunca tuve por dichoso estado  
Amar bienes posibles,  
Sino aquellos que son más imposibles.  
Á éstos ha de aspirar mi alma osada,  
Pues para más alteza fué criada  
Que la que el mundo enseña;  
Y así quiero hacer una reseña  
De amor dificultoso,  
Que sin pensar desvela mi reposo,  
Amando á quien no veo, y me lastima:  
¡Ved qué extraños contrarios,  
Venidos de otro mundo y de otro clima!  
Al fin en éste donde el Sur me esconde  
Oí, Belardo, tus conceptos bellos,  
Tu dulzura y estilo milagroso,  
.....  
Y admirando tu ingenio portentoso,  
No pude reportarme  
De descubrirme á ti, y á mi dañarme.  
.....  
Oí tu voz, Belardo; mas ¿qué digo?  
No, Belardo, milagro han de llamarte:  
Este es tu nombre, el cielo te le ha dado;  
Y Amor, que nunca tuvo paz conmigo,  
Te me representó parte por parte,  
En ti más que en sus fuerzas confiado.  
Mostróse en esta empresa más osado,  
Por ser el artificio  
Peregrino en la traza y el oficio,

Otras puertas del alma quebrantando,  
 No por los ojos míos, que velando  
 Están con gran pureza;  
 Mas por oídos, cuya fortaleza  
 Ha sido y es tan fuerte,  
 Que por ellos no entró sombra de muerte,  
 Que tales son palabras desmandadas,  
 Si vírgenes las oyen,  
 Que á Dios han sido y son sacrificadas.  
 Con gran razón á tu valor inmenso  
 Consagrán mil deidades sus labores,  
 Cuando *manijan* perlas en sus faldas:  
 Todo ese mundo allí te paga censo,  
 Y éste de acá, mediante tus favores,  
 Crece en riqueza de oro y esmeraldas:  
 Potosí, que sustenta en sus espaldas  
 Entre el invierno crudo  
 Aquel peso, que Atlante ya no pudo  
 Confiesa que su fama te la debe;  
 Y quien del claro Lima el agua bebe,  
 Sus primicias te ofrece,  
 Después que con sus dones se engrandece,  
 Acrecentando ofrendas  
 Á tus excelsas y admirables prendas:  
 Yo que aquestas grandezas voy mirando,  
 Entretenida en ellas,  
 Las voy en mis entrañas celebrando.

¡Qué galano y qué exquisito elogio! Entre los innumerables panegiristas españoles, latinos é italianos de Lope, cuyos versos llenan volúmenes enteros, nadie, ni el mismo Fulvio Testi, en la hermosa elegía que compuso á su muerte, alcanzó á este grado de admiración profunda y concentrada. Pero aun es más hermoso lo que sigue: Lope había escrito *El Peregrino en su patria*, y la docta poetisa le exhorta á buscar su verdadera patria en el cielo, donde ella espera unirse á él en amor santo é imperecedero:

En tu patria, Belardo, mas no es tuya,

No sientas mucho verte peregrino.....  
 .....  
 Que otro origen tuviste más divino  
 Y otra gloria mayor, si la buscares.  
 ¡Oh, cuánto acertarás, si imaginares  
 Que es patria tuya el cielo,  
 Y que eres peregrino acá en el suelo!  
 .....  
 Pues, peregrino mío,  
 Vuelve á tu natural: póngante brio,  
 No las murallas, que elevó tu canto  
 En Tébas engañosas,  
 Mas las eternas, que te importan tanto.  
 Allá deseo en santo amor gozarte,  
 Pues acá es imposible poder verte,  
 Y temo tus peligros y mis faltas:  
 Tabla tiene el naufragio, y escaparte  
 Puedes en ella de la eterna muerte,  
 Si del bien frágil al divino saltas;  
 Las singulares gracias con que esmaltas  
 Tus soberanas obras,  
 Con que fama inmortal continuo cobras,  
 Empléalas de hoy más en versos lindos,  
 En soberanos y divinos Pindos:  
 Tus divinos concetos  
 Allí serán más dulces y perfetos;  
 Que el mundo á quien le sigue,  
 En vez de premio al bienhechor persigue,  
 Y contra la virtud apresta el arco  
 Con ponzoñosas flechas  
 De la maligna aljaba de Aristarco.  
 .....

Con hechicero candor se declara Amarilis inexperta *en sucesos amorosos*, como quien emplea su tiempo *en dulces coloquios con el cielo*, y termina pidiendo á Lope un don poético

Para bien de tu alma y mi consuelo.

Le ruega, pues, que escriba en verso la vida y martirio

de una santa de su particular devoción y de la de su hermana:

Yo y mi hermana una santa celebramos,  
Cuya vida de nadie ha sido escrita,  
Como empresa que muchos han temido:  
El verla de tu mano deseamos;  
Tu dulce musa alienta y resucita,  
Y ponla con estilo tan subido,  
Que sea donde quiera conocido  
Y agradecido sea  
De nuestra santa virgen Dorotea.  
¡Oh, qué sujeto, mi Belardo, tienes,  
Con que de lauro coronar tus sienas!  
.....  
Desta divina y admirable santa  
Su santidad refiere,  
Y dulcemente su martirio canta.

Engolosinado con la belleza de esta epístola, que es sin duda la mejor pieza poética del Perú en sus primeros tiempos, la he ido transcribiendo casi toda. Séame licito añadir algunos versos más, notables unos por la gala, bizarría y aun despilfarro de la dicción poética, semejante á la del mismo Lope y á la de Valbuena, otros por la suave y afectuosa modestia:

Finalmente, Belardo, yo te ofrezco  
Una alma pura á tu valor rendida:  
Acepta el don, que puedes estimallo;  
Y dándome por fe lo que merezco,  
Quedará mi intención favorecida.  
.....  
Y para darte más, no sé si hallo.  
Déte el cielo favores,  
Las dos Arabias bálsamo y olores,  
Cambaya sus diamantes, Tíbar oro,  
Marfil Sofala, Persia su tesoro,  
Perlas los orientales,  
El Rojo mar finísimos corales,  
Balajes los Ceilanes,

Áloe precioso Sárnaos y Campanes,  
Rubíes Pegugamba, y Nubia algalia,  
Ametistes Rarsinga,  
Y prósperos sucesos Acidalia.

.....  
Ya veo que tendrás por cosa nueva,  
No que te ofrezca censo un mundo nuevo,  
Que á ti cien mil que hubiese te le dieran;  
Mas que mi musa rústica se atreva  
Á emprender el asunto á que me arrojé,  
Hazaña que cien Tassos no emprendieran:  
Ellos al fin son hombres, y temieran;  
Mas la mujer, que es fuerte,  
No teme alguna vez la misma muerte.  
Pero si he parecidote atrevida,  
Á lo menos parécete rendida;  
Que fines desiguales  
Amor los hace con su fuerza iguales;  
Y quédote debiendo,  
No que me sufras, mas que estés oyendo  
Con singular paciencia mis simplezas,  
Ocupado continuo  
En tantas excelencias y grandezas.  
Versos cansados, ¿qué furor os lleva  
Á ser sujeto de simpleza indiana,  
Y á poneros en mano de Belardo?  
Al fin, aunque amarguéis, por fruta nueva  
Os vendrán á probar, aunque sin gana,  
Y verán vuestro gusto bronco y tardo:  
El ingenio gallardo,  
En cuya mesa habéis de ser honrados,  
Hará vuestros intentos disculpados:  
Navegad: buen viaje: haced la vela:  
Guiad un alma que sin alas vuela.

Lope de Vega contestó con la epístola de *Belardo á Amarilis*, que tiene buenos trozos y curiosas noticias de su persona y de su vida, pero que dista mucho de ser la mejor de las suyas. Por esta vez perdone Lope: la humilde poetisa ultramarina lleva la palma. Él, que tanto pecaba por el lado de la galantería, fácilmente hubiera